



CAPÍTULO IV

Continuacion de El Génesis

OBSERVACIONES

SOBRE LOS VERS. 3, 4 Y 5 DEL CAP. IV

3 *Factum est autem post multos dies, ut offerret Cain de fructibus terre munera Domino.*

4 *Abel quoque obtulit de primogenitis gregis sui, et de adipibus eorum: et respexit Dominus ad Abel, et ad munera ejus.*

5 *Ad Cain vero, et ad munera illius non respexit: iratusque est Cain vehementer, et concidit vultus ejus.*

3 Y aconteció al cabo de muchos dias, que Cain ofreciese de los frutos de la tierra, presentes al Señor.

4 Abel ofreció asimismo de los primogénitos de su ganado y de las grosuras de ellos: y miró el Señor á Abel, y á sus presentes.

5 Mas á Cain, y á sus presentes no miró: y ensañóse Cain en gran manera, y decayó su semblante.

I

Segun los incrédulos, no hay cosa más ridícula de suyo que los sacrificios. ¿Cómo han podido, dicen, figurarse los hombres que honraban al soberano Sér ofreciéndole animales y frutos? ¿Quién les hizo conocer la utilidad y necesidad de este acto que se supone religioso? Muy ciego é insensato fué Abel, y fueronlo igualmente los judíos y los demás pueblos antiguos, cuando se imaginaron agradar á Dios matando, destrozando y quemando sus criaturas. ¿Han creído estas gentes que la Divinidad es codiciosa de regalos, que se alimenta con las ofrendas, que se recrea con el olor de los perfumes y con la humareda de las víctimas? De tan loca idea han nacido las más groseras y crueles supersticiones. Esta fué sin duda una invencion de los sacerdotes que sacaban su provecho de las víctimas ofrecidas á Dios. «En un principio, dice Voltaire, se ofrecieron frutos, luego se pasó á carneros, bueyes, y lo que es

»más detestable, á la naturaleza humana. El autor sagrado no entra ahora en este pormenor, ni dice siquiera que Dios comía los corderos presentados por Abel; pero bien pronto veremos en la historia de Abraham que los Dioses comieron en su casa.»

A los incrédulos que así hablan, les contaremos que, aun sin consultar á la revelacion, la idea de presentar ofrendas á la Divinidad debia ofrecérsele muy naturalmente á todos los pueblos, sin que tengan de suyo cosa alguna irracional ó peligrosa. Desde que los hombres han creído que hay Dios, le han mirado como autor y distribuidor de todos los bienes del mundo. Por esta causa le ofrecieron dones en testimonio de respeto á su soberano dominio, de reconocimiento á sus larguezas, y como un medio para merecer otras de nuevo. Ciertamente no se figuraban que Dios hubiese menester estas ofrendas; pues el que da el ser y crecimiento á los frutos de la tierra, podia producirlos para sí si los necesitase, como los produce para los demás. *Al Señor dije: Dios mio, eres tú, que no has menester mis bienes,* exclamaba David. Llenas están las Escrituras de la humilde y veraz confesion con que los varones inspirados han protestado delante de Dios que no tenían bien alguno que ofrecerle, sino lo que habian recibido de su próbida liberalidad. La razon misma y el buen sentido nos dictan este sentimiento, como se lo dictaron á aquel salvaje, que recogiendo su maiz, ó caza-be, decia á Dios: «Si vos lo necesitáseis, yo os lo diera; pero como no lo habeis menester, yo os lo daré á los que lo necesitan.» Ningun absurdo comete el pobre que ofrece cosas de poco precio á su bienhechor, que de nada necesi-

ta. Con esto le muestra su amor y reconocimiento, y que no tiene un corazon insensible. La intencion, y no la utilidad, da el precio á la cosa ofrecida.

En virtud de estos principios, que nacen del fondo mismo de la naturaleza, los hombres han ofrecido en todos tiempos á la Divinidad parte de sus propios alimentos, haciendo por este medio una manifestacion auténtica de que Dios es el dueño de nuestra vida y de que todo se le debe á El, aun aquello que sirve para conservarla. Así es que la materia de los sacrificios ha sido siempre análoga á la manera de vivir que tenían. Los pueblos agricultores han ofrecido á Dios de los frutos de la tierra. Los nómadas ó errantes, la leche de sus ganados. Los que vivían de la caza ó pesca, la carne de los animales. Los árabes, el humo de sus inciensos. Los romanos, la papilla de arroz y las tortas que fueran su antiguo alimento. No hay por qué buscar más lejos el origen de los sacrificios de la carne de animales ó de las víctimas cruentas; ofrecíanlos los pueblos que se alimentaban de ellos. Porfirio está acorde con nosotros en este punto.

El primer ejemplo de sacrificio cruento que hallamos en la Escritura, es el que ofreció Noé al salir del arca, que es cabalmente el momento en que á él y á sus hijos permitió Dios comer la carne de animales. Bien pronto veremos que los antiguos patriarcas no tuvieron este permiso; y si á Noé no se le diera Dios, ¿hubiera él creído que tenia derecho para matar estas criaturas inocentes cuando no hicieran daño á los hombres?

Ora se consumiesen al fuego las ofrendas, ora quedasen para alimento del hombre, ora se diesen á los pobres, siempre era uno mismo el motivo. Los primeros habitantes de la tierra, que ejercian por sí mismos las funciones sacerdotales, indudablemente no ofrecieron los sacrificios á instancias de los sacerdotes ni para satisfacer su codicia. El padre de una familia errante no tenia pobres consigo, y no podia testificar que ofrecia á Dios el sacrificio sino quemando la ofrenda ó destruyéndola en su honor. Y en esto, ¿qué locura ó extravagancia se advierte? Con semejante ceremonia se hacia

una profesion auténtica de que todo se recibe y se espera de Dios, y de que el corazon está dispuesto á sacrificarlo todo por él.

Cain, labrador, ofrece á Dios los frutos de la tierra que cultivaba y que le servian de alimento. Abel, pastor, le ofrece la leche de sus ganados, que le servia para lo mismo. No ignoramos que la *Vulgata* dice que Abel ofreció de los primogénitos de sus ganados y de las grosuras de ellos, sin hacer mencion de la leche. Pero, 1.º, la palabra *primogénitos* en este lugar no significa más que lo primero, lo mejor, que es lo que precisamente significa la palabra del texto original *bacór*, como puede notarse en varios lugares de la Escritura; y la misma *Vulgata* la traduce *primogénitos* ó *primicias*, hablándose de cosas inanimadas; 2.º; la palabra que San Jerónimo traduce *de adipibus eorum*, esto es, de sus grosuras ó mantecas, significa tambien *su leche*; de manera que se traducirá con mucha propiedad al texto hebreo, diciendo: que *Abel ofreció de lo primero ó mejor de su ganado, la leche, la nata*, puesto que Dios aún no habia permitido el uso de la carne de los animales para alimento del hombre. Despues de haber colocado á Adam en el Paraíso, habíale dicho Dios: *Veid que os he dado toda yerba que produce simientes sobre la tierra, y todos los árboles que tienen en sí mismos la simiente de su género, para que os sirvan de alimento á vosotros y á todos los animales de la tierra y á todas las aves del cielo*, sin hablarle de comer la carne de los animales. Lo mismo le repite despues de su pecado, y sólo despues del diluvio dijo á Noé: *Todo lo que se mueve y vive, os servirá para alimento; así como las legumbres, y yerbas, os he dado todas las cosas*. En cuanto al diferente modo con que Dios miró y aceptó los sacrificios de los dos hermanos, no es difícil dar la razon de ello y responder á Bayle, que se expresa así: «Es adivinar y dar golpes al aire, entretenernos en averiguar los defectos exteriores que pudieron tener las ofrendas de Cain;» y despues de haber dado una interpretacion mal fundada, censura á los Padres que dieron una interpretacion más sólida, la cual este crítico, segun su costumbre, hubiera estado bien lejos de dar, aun cuando



la hubiese sabido. La ofrenda de Abel fué más agradable á Dios, porque con un corazón agradecido y penetrado de los más puros sentimientos, ofreció lo mejor que producian sus ganados, y tomó y eligió aun aquello que debiera servirle á sus necesidades, para consagrarlo al culto divino. Cain, por el contrario, con un corazón desagradecido, retuvo para sí las primicias y lo mejor, ofreciendo á Dios del sobrante de sus frutos. Indícalo así la Escritura Sagrada cuando de Cain sólo dice que *ofreció de los frutos de la tierra*; más de Abel, que *ofreció las primicias, lo mejor de sus ganados*. Si, pues, la ofrenda de Abel fué más desinteresada y generosa, más abundante y de mayor precio, y acompañada de una fe más pura y de una piedad más verdadera, como lo significa San Pablo, diciendo: *Por la fe ofreció Abel á Dios mayor sacrificio que Cain*, claro es que en el diferente modo como las aceptó Dios, no hubo acepción de personas. Moisés, que habia de prescribir á los israelitas el ofrecimiento de las primicias, refiere con mucha oportunidad este ejemplo para insinuar en el corazón del pueblo cuál habia de ser el espíritu de aquella ley.

II

SOBRE EL VERS. 13 Y SIGUIENTES DEL CAP. IV

13 *Dixitque Cain ad Dominum: Major est iniquitas mea, quam ut veniam merear.*

14 *Ecce efficis me hodie a facie terra, et a facie tua abscondar, et ero vagus et profugus in terra; omnis enim qui invenerit me, occidet me.*

15 *Dixitque ei Dominus: Nequaquam ita fiet; sed omnis qui occiderit Cain, septuplum punietur. Posuitque Dominus Cain signum, ut non interficerit et eum omnis qui invenisset eum.*

13 Y dijo Cain al Señor: Mi iniquidad es muy grande para merecer el perdón.

14 Hé aquí, me echas hoy de la haz de la tierra, y me esconderé de tu presencia, y seré vagamundo y fugitivo en la tierra; por lo que todo el que me hallare, me matará.

15 Y dijole el Señor. No será así: antes bien todo el que matare á Cain, siete veces será castigado. Y puso el Señor á Cain una señal para que no le matase todo el que lo hallase.

El detractor satírico de los Libros Sagrados dice: «que asombra cómo Dios perdonase al momento á Cain y le tomase bajo su protección.»

Y ¿dónde se halla esta expresión, *al momen-*

to? ¿No ve nuestro crítico que á las palabras favorables con que se dignó Dios contestar á la confesión temerosa de Cain, habia precedido ya el echarle en cara *los gritos de la sangre de Abel*, y la maldición espantosa que contra él habia fulminado? ¿Por qué suprimió el impío los versículos donde eso se contiene, los cuales hacen temblar al que con alguna piedad los lee? «Mas Dios, añade este sofista, dió á Cain una salvaguardia contra todos los que pudieran matarle.» Y ¿qué quiere inferir de ahí? Despedazado de remordimientos, temiendosiempre por su propia vida, se hallaba Cain á punto de abandonarse á la desesperación. Dignase Dios de asegurarle, y se contenta con hacerle expiar su crimen con una vida prófuga y errante. Este rasgo de misericordia era necesario para dar á los pecadores esperanzas del perdón, é impedir que con el furor de unos hombres desesperados se hicieran peores. ¿Pues qué conservar por algun tiempo la vida de un criminal dándole tiempo para que haga penitencia, ¿será perdonarle *al momento*? ¿Habrà por ello razón para decir que «Dios protege á un asesino, á un fratricida, cuando acababa de condenar para siempre al infierno á todo el humano linaje, por haber comido Adam y Eva del *leño* de la ciencia del bien y del mal?» Pero Dios, que invita al arrepentimiento á este fratricida dominado de una violenta pasión, ¿acaso le promete no castigarle ni condenarle, aun cuando no expie su crimen con la penitencia? ¿Y cuándo ha rehusado Dios el perdón á ninguno de los descendientes de Adam que haya querido aprovecharse de los medios de salud que les ha prometido?

Añade aún el sofista: «El escritor sagrado no expresa otro castigo de Adam, que el haber de comer el pan con el sudor de su frente, sin embargo de que entonces no se conocia el pan. Preguntábame un dia otro increíble: ¿qué razón habia habido para que Dios prometiese que castigaria siete veces más la muerte del fratricida Cain, que habia castigado en este la del inocente Abel? ¿Fué acaso porque Cain habia añadido al homicidio el pecado de la desesperación?»

Sepa este crítico que Cain no desesperó del



perdón. Según lo dicen intérpretes muy sabios, las palabras que pronunció al oír su condenación deben tener al fin un interrogante. *¿Es tan grande mi maldad, que no pueda yo esperar perdón?* Este mismo sentido le dan los comentarios hebreos. Y aun el texto original admite, según la letra, este: *grande mi humillación, ó aflicción, que tolerarla, esto es, mayor de lo que puedo sufrir*. Este criminal, espantado ya y conturbado de su atentado desastroso, se horroriza de sí mismo, y se mira como un objeto de universal detestación. A todos los hombres se los representa como armados contra sí, y teme que hagan con él otro tanto como él hizo con su hermano. Este sentimiento es el que precisamente expone al Señor, y en él tenemos una buena prueba de no hallarse desesperado de sus misericordias. Y Dios, que á ningún particular dió el derecho de vida contra los malhechores, para impedir nuevos derramamientos de sangre de parte de los hombres, no solamente castiga con rigor el primer homicidio, sino que declara que si alguno reanueva semejante atentado, aun contra el que lo cometió, será siete tantos más castigado, es decir, con mucho más rigor. Y ¿esto llama Voltaire proteger asesinos y fratricidas?

Hemos dicho ya que la palabra hebrea que se ha traducido *pan*, significa toda clase de alimento. Mas en cuanto á lo que añade el filósofo blasfemo, que «jamás en el *Pentateuco* se habla de la inmortalidad del alma, ni de la condenación ó del infierno,» podríamos por de contado responderle: 1.º, que una historia no es un tratado dogmático, y por consiguiente que pudo Moisés dispensarse de hablar de estos puntos; 2.º, este legislador hablaba á un pueblo que no tenía la menor duda de estas verdades tan capitales, creídas y profesadas por toda la antigüedad, como lo probaremos muy pronto, pues jamás se las perturbó de su justa posesión y de la estabilidad con que eran reconocidas por todos los judíos, hasta que por el comercio de estos con los pueblos de la Grecia y por la comunicación con sus filósofos, comenzaron las dudas y oscuridades sobre unos dogmas tan respetables, tan universalmente admitidos, y que se habian mantenido intactos

hasta entonces. Aun ahora, los que no se muestran muy convencidos de su verdad, no niegan que esta creencia sube hasta la primera edad del mundo. El lord Bolingbroke confiesa que «la doctrina de la inmortalidad del alma y de un estado futuro de premios y castigos, se pierde en las tinieblas de la antigüedad; ella es anterior á cuanto sabemos de cierto. Desde que comenzamos á desenvolver el caos de la historia antigua, hallamos establecida esta creencia del modo más sólido en el espíritu de las primeras naciones que nos son conocidas.» Ella se encuentra uniformemente entre los bárbaros y los pueblos más civilizados. Los scitas, indios, galos, germanos, bretones, lo mismo que los griegos y los romanos, creían inmortales las almas y que los hombres pasaban de esta á otra vida. Cuando se descubrió la América, apenas se halló nación que no tuviese idea de un estado futuro.

El autor de *La divina legislación de Moisés* observa que los antiguos poetas griegos hablan de esta doctrina como de *una creencia popular*. Timeo, el pitagórico, alaba mucho á Homero por haber conservado en sus poemas la antigua tradición de los castigos de la otra vida. Si en el tiempo de Homero se tenía esta por una tradición antigua, no puede dudarse de que es muy remota su antigüedad. En los *Diálogos de Platon* se ocupa Sócrates en probar la inmortalidad del alma, pero sin pretender darse por inventor de esta doctrina; antes bien, habla de ella como de una tradición antigua muy respetable. En el *Phedon* dice: «Yo espero que después de la muerte habrá aún otra cosa; y que, como lo dicen hace ya largos tiempos, la futura vida será mejor para los hombres virtuosos que para los malos.» Platon pensaba como su maestro. Dice expresamente que «deben creerse *las antiguas y sagradas opiniones* que enseñan que el alma es inmortal, y que después de esta vida será juzgada y castigada con severidad, si no ha vivido como corresponde á un sér racional.»

Aristóteles, citado por Plutarco, habla de la felicidad de los hombres después de esta vida, como de una opinión *de la más antigua data*, cuyo origen y autor nadie puede citar, pues



viene de una tradicion que se pierde en la oscuridad de las edades más remotas. Ciceron dice que «la inmortalidad del alma ha sido defendida por sábios de la mayor autoridad...» Que es una opinion comun entre todos los antiguos, es decir, entre aquellos que, por más cercanos á los dioses por la antigüedad de su origen, se hallaban en estado de conocer mejor la verdad. Los antiguos admitieron esta opinion antes que naciese la filosofia, y estaban persuadidos de ella por una especie de inspiracion natural, sin haber estudiado las razones de ella.» Plutarco hace ver que los filósofos y poetas más antiguos han enseñado *unánimemente* la inmortalidad del alma y los castigos y recompensas de la otra vida. Y escribiendo á su mujer para consolarla en la muerte de un hijo suyo pequeño, supone que las almas de los niños pasan de esta vida á un estado mejor, la cual conjetura dice estar autorizada por las leyes y costumbres antiguas de sus mayores.

Estos testimonios y otros muchos que aún podríamos citar, bastan para convencernos de que la doctrina de la inmortalidad del alma ha sido generalmente recibida por los hombres de los antiguos tiempos, de manera que su misma antigüedad prueba que formaba parte de la religion primitiva, comunicada por expresa revelacion de Dios á los primeros padres del linaje humano, para que la trasmitiesen á su posteridad. Y en efecto: ¿cómo sin esto podrá concebirse que en aquellas primeras edades en que los hombres ignorantes y groseros desde que se fueron apartando de los tiempos patriarcales, eran incapaces de formar racionios abstractos y sutiles, hubiesen llegado por sí mismos á formarse la idea de un sér inmaterial, el cual habia de sobrevivir al cuerpo? ¿Cómo hubieran podido elevarse á unas consideraciones que luego fueron difíciles y embarazosas á tantos filósofos é ingenios sublimes en los siglos ilustrados? Los conocimientos de los hombres en aquella edad antigua no podian extenderse más allá de lo que podian aprender, ó por la observacion y experiencia, ó por via de instruccion. Veian que los hombres iban muriendo unos despues de otros, y á esto se reducía la

experiencia sobre el fin del hombre, muy poco proporcionada para inspirarles la idea de una vida futura. Faltábales el recurso de un racionio ilustrado, el cual, aun en las mejores edades, ha andado sobre este punto con mil incertidumbres. Por consiguiente, no les quedaba otro medio para adquirir esta tan sublime idea, en la cual se mantuvieron firmes por tantos siglos, sino la instruccion sucesiva de unos en otros con respecto á las verdades que los primeros hombres sabian por la divina revelacion, á la cual es preciso referir el origen de esta tradicion tan universal. Así es, que muchos de los autores citados, aunque gentiles, le dan un origen divino, y la Sagrada Escritura no nos permite dudar de ello.

Los filósofos materialistas han pretendido que los judíos, antes de su cautiverio en Babilonia, ignoraban estas materias, y que las aprendieron de los caldeos y de los persas. Pero es cierto que Moisés nos da en sus escritos particulares pruebas de la creencia de su nacion sobre estos puntos. Este sagrado autor, el más antiguo de cuantos conocemos, dice que Dios, despues de haber criado al hombre, le dió la vida *inspirando en su rostro un soplo de vida*. No se dice otro tanto de los animales. Animándole con este soplo, *le hizo Dios á su imágen y semejanza*. Mas el hombre no es imágen de Dios segun el cuerpo, puesto que el mismo Señor dice en el Éxodo, XX, 4, que no se le puede representar por figura alguna de cosa corporal; lo es si por el entendimiento, la razon, el alma. *Espiritual* fué por consiguiente *el soplo que le inspiró*. Este mismo *soplo* ó espíritu es el que Dios *quita* á los hombres, con lo cual mueren, volviendo á su antiguo polvo. Este espíritu ó *soplo* es la *lámpara del hombre que investiga su interior*. Este es su espíritu, el cual no quiso Dios que permaneciese en el hombre, cuando le castigó con el diluvio por haberse hecho carnal en sus costumbres. Él es el que se vuelve á Dios, su autor, cuando *el polvo se torne á su tierra, de donde era*.

Despues del pecado de Adam, y antes de pronunciar contra él su sentencia, le prometió Dios un Redentor. ¿De qué podia servirle y en qué interesarle esta promesa, si Adam todo en-



tero habia de morir, puesto que su cumplimiento no habia de verificarse viviendo él? Además, dijo Dios á Cain: *¿No es cierto, que si bien hicieres, serás recompensado; y si mal, estará luego á las puertas del pecado?* Sin embargo, Abel no sólo no recibió en este mundo la recompensa de sus virtudes, sino que fué sacrificado con una violenta y prematura muerte. ¿Cómo lo permitió Dios así, si no hubiese premios que esperar y castigos que sufrir despues de la muerte?... Tambien dijo Dios á Abraham, que queria ser su Dios y que lo seria en lo sucesivo; iguales promesas hizo á Isaac y á Jacob. Diciendo Dios que quiere ser *el Dios* de alguno, cuando por naturaleza lo es de todos, quiere dar á entender que en lo sucesivo lo quiere ser de un modo particular de la criatura á quien ama, en cuyo modo no lo habia sido aún, y que con respecto á ella quiere ser lo que no es con respecto á las demás. No quiso, pues, significar con aquella expresion á estos Patriarcas, que queria ser su soberano Señor, pues como tal le habian siempre reconocido y adorado, sino manifestábales un amor y bienquerencia especial, como lo significó más claramente á Abraham, diciéndole: *No temas; yo soy tu protector, y tu galardón grande sobremanera*. Y ¿qué galardón, qué recompensa ó qué amor fueron los que Dios con tanta magnificencia prometiera á estos santos varones, si se limitaran á la presente vida y no más? ¿De qué les sirvieran las bendiciones de su posteridad? Murieron sin ver el cumplimiento de las promesas: sólo *las percibieron y saludaron de lejos*; luego para no faltar á su palabra el Sér eterno é inmutable, lo cual fuera imposible, debieron ellos recibir en otra vida despues de la presente los premios y el cumplimiento de las promesas. No han muerto por consiguiente del todo; y los judíos instruidos así por Moisés no podian dejar de estar en esta creencia y persuasion.

Dijo tambien Dios á Abraham, que *despues de una ancianidad feliz, iría en paz á sus padres*. La palabra original que se ha traducido *paz* es *shalom*, y no solamente significa esto, sino tambien *salud, prosperidad, integridad, recompensa*. Si el alma de Abraham no fuera

inmortal, ¿cómo y cuándo podia esperar esta reunion feliz con sus mayores que le prometió Dios, reunion que habia de consumar su *salud*, constituirla en perfecta *prosperidad*, elevarla á la *integridad* de su ser, que en vano buscara acá, y hacerla entrar en la posesion de la *recompensa* de unas virtudes que de ordinario no tienen en este mundo otro patrimonio que el olvido, la indiferencia, el menosprecio y aun la persecucion de los hombres? Digannos, además de esto, ¿adónde habia de ir á reunirse con sus padres, habiendo sido enterrado lejos de la Caldea y de la Mesopotamia, su patria? «Los que sabemos, dice San Ambrosio, que nuestra verdadera patria es la Jerusalem celestial, decimos con toda seguridad que los padres de quienes aquí se habla, son los que precedieron á Abraham, distinguidos como él por el mérito de su vida: tal fué Abel, inocente y piadosa victima; tal el santo y piadoso Henoch; tal Noé. Hé aquí con quienes Abraham deseaba reunirse.» Con estos podia únicamente realizarse la reunion que Dios le prometió, la cual se cumplió en sus dichosas y virtuosas almas despues de ésta vida.

Asimismo, dignándose Dios hacer alianza con Abraham, *sobrevino una oscuridad tenebrosa y apareció un horno humeando, y una lámpara de fuego que pasaba entre los animales divididos*. ¿Quién no ve aquí indicado el fuego devorador destinado á los que no sean fieles á la alianza de Dios, y juntamente la brillante claridad que vestirá un día á los que lo sean? Tambien en el salmo XX se ve por una parte *la gloria, el resplandor y las bendiciones* por toda la eternidad; y por otra *el horno de fuego* donde Dios irritado sumergirá á sus enemigos, y los hará presa de devoradoras llamas: *como horno de fuego los pondrás en el tiempo de tu rostro ó de tu ira; en su indignacion los conturbará el Señor, y el fuego los devorará*. Aquí se ven aplicadas á la eternidad de los buenos y de los malos las mismas expresiones y figuras, que poco antes hemos notado en la alianza de Dios con Abraham despues que le aseguró de que El mismo seria su recompensa, y que despues de una larga vida sobre la tierra, le reuniria en paz (*shalom*) con sus padres. Las mis-